



Manzana de Gómez, 1933. Foto: Archivo de la Biblioteca Nacional.

LETRAS DE LA HABANA

Nelson Herrera Ysla

En cierta medida, La Habana es una ciudad *letrada*. Si alzamos la vista y observamos detenidamente algunas de sus hermosas fachadas, rejas y balcones, descubriremos con asombro letras y nombres propios de antiguos dueños o el nombre de como fue, o es conocido todavía, un edificio de apartamentos, un cine, una boutique, una empresa.

Se trata de esa costumbre de nombrar las cosas, en este caso la arquitectura, para informar al ciudadano que día tras día se sumerge en la intrincada red urbana y tiene ante sus ojos innumerables signos, símbolos, carteles. Esa costumbre la heredamos de finales del siglo XIX y principios del XX, cuando La Habana se convirtió en una ciudad cosmopolita luego de obtener Cuba su independencia de España en 1902. Junto a las nuevas avenidas, parques, casas y barrios en crecimiento, los negocios inmobiliarios se expandieron rápidamente y se hizo necesario identificar muchas de las edificaciones construidas unas al lado de otras. Proliferaron notables imitaciones de palacetes italianos y franceses así como rasgos de ascendencia inglesa en las viviendas, o de clara influencia española en restaurantes y clubes, o de un estilo neoclásico norteamericano para los bancos y las grandes compañías, los cuales incorporaban lógicamente sus identidades corporativas (como las llamaríamos hoy) con sus tipografías y estilos particulares.

El momento de expansión de la ciudad de La Habana coincidió con la época del auge *art nouveau* primero, y luego con la del *art déco*. Es entonces cuando se



Callejón de Hamel, 1993. Foto: Archivo de Prensa Latina.

produjeron esos hermosos intentos de integrar la tipografía a la arquitectura y al espacio público. El mal estado en que se conservan muchos de ellos no les resta belleza ni significación a esas letras y números tallados en la piedra, conformadas en cemento, hierro, cerámica, madera, porcelana o neón, trazadas finalmente en el vidrio.

A pesar de la “jungla” de anuncios publicitarios y señalizaciones gráficas que proliferó durante los primeros 50 años del siglo XX, siempre había espacio para ubicar, y ojos para admirar, la tipografía en las edificaciones, pues resaltaba con su sello distintivo respecto a todo lo demás a su alrededor. Tal distinción, sin embargo, no siguió desarrollándose luego de la segunda mitad de siglo ya que la implantación de los nuevos modelos de la “modernidad” dio paso a una arquitectura poco cualificada estéticamente que echó a un lado la maravilla y el lujo del detalle, quizás influida por aquella cuestionada y tristemente célebre frase de Adolf Loos, “el ornamento es un crimen”. Recordemos que algo similar ocurrió con el diseño de ciertos objetos domésticos, cuyo énfasis estilístico recayó más en su funcionalidad, en un cierto sentido de “futuridad” y en los nuevos materiales con los que eran fabricados.

En los nacientes barrios y edificios de esa Habana que quería dejar atrás la fuerte tradición europea con la que nació y se desarrolló durante sus primeros tres siglos de existencia, surgió un lenguaje moderno sobre la base de formas en aluminio, vidrios y espejos, mármol y granito, que hacía hincapié en los planos y volúmenes limpios, en



Callejón de Hamel, 1993. Foto: Archivo de Prensa Latina.

una geometría simple y adecuada a la prisa de vivir, y que le rendía honores a la velocidad de los automóviles. Del detalle pequeño que podía disfrutarse a escala peatonal, mientras el tranquilo ciudadano caminaba por aceras y parques, se pasó inmediatamente al gigantismo de las enormes vallas publicitarias en calles y autopistas y en las azoteas de edificios, realizadas en su mayoría en metales y neón, con el fin de poderlas iluminar en la noche. Las fachadas de los nuevos establecimientos comerciales, ante la competencia económica que se hacía cada vez mayor, volcaron sus anuncios encima de las aceras en variados estilos y tamaños, añadiendo así más elementos al congestionado tejido de signos y símbolos urbanos.

La Habana de hoy, heredera de aquellas tradiciones culturales que la fueron modelando desde su fundación en 1519, contiene una gran diversidad de estilos arquitectónicos que perduran y perseveran pese al deterioro que ocasiona el tiempo y a una lamentable falta de mantenimiento. No obstante, es posible admirar todavía esa rica diversidad y sorprendernos con la belleza de sus elementos tipográficos, y distinguir con claridad los periodos históricos en que se hicieron: es, por tanto, *una ciudad ecléctica* aunque para muchos pudiera ser definida

también –como lo hizo nuestro más importante novelista, Alejo Carpentier– como *una ciudad sin estilo*.

Todo está mezclado en esta urbe caribeña: nada permanece en estado puro. Esa es una de las características de la sociedad y cultura híbridas a la que pertenecemos. Ahora se nota más ese mestizaje de líneas y formas debido a la incorporación al tejido urbano de los nuevos mensajes, signos y símbolos surgidos de la espontaneidad popular para anunciar pequeños negocios privados, y los que surgen del diseño especializado actual puesto en función de las nuevas empresas cubanas y extranjeras.

De todas maneras, estos últimos no alcanzan a competir con la integración, la eficacia y el buen gusto de aquellos realizados en el pasado, pues se aprecia que pertenecen a una cultura visual orgánica y coherente, sólida, con raíces que se pierden en los lejanos tiempos grecolatinos, bien diferentes a los que vivimos hoy.

En esas tipografías se hace evidente el poder económico de algunas familias y dueños y también la modestia de otros, pero lo curioso es ver como casi todos sentían esa necesidad de hacer públicas sus propiedades, anunciándolas hacia la calle. Había, por otra parte, magníficos artesanos, la mayoría de ellos poco conocidos, que manejaban con eficacia y delicadeza sus instrumentos y colocaban luego sus obras en el sitio justo. Eran épocas donde la sabiduría y la maestría en el oficio imperaban, y donde la paciencia y el tiempo eran elementos sustanciales del arte.

Aparentemente tales tipografías seguirán sobreviviendo, a no ser que se decida demoler el edificio al que pertenecen o ciertos desastres naturales les impidan continuar recordándonos algunas cosas importantes de la vida. Son testigos irrefutables de varios momentos del siglo XX habanero y siguen siendo parte esencial de nuestra cultura, aunque la mayoría de las personas tiende a fijarse más en la arquitectura que en esos detalles.

Son elementos indiscutidos de nuestra memoria colectiva y sobre ellos hay que volver una y otra vez cuando queramos conocer algo más de nuestro pasado. Ahí están, silenciosos y mudos pero vivos, esperando por nosotros día tras días mientras caminamos por cualquiera de los barrios de esta ciudad, o por alguien que los descubra mediante la fotografía pero también mediante el dibujo, la pintura o el video, y nos los muestre para el goce infinito de nuestros ojos. ■

Nelson Herrera Ysla. Cubano, arquitecto, escritor, poeta y crítico de arte. Experto Principal del Centro de Arte Contemporáneo Wifredo Lam y de la Bienal de La Habana. Ha sido curador y jurado de varios eventos internacionales de arte en Cuba y el extranjero, y ha ofrecido conferencias en diversos países de América Latina y del Norte, Asia y el Medio Oriente. Colaborador de revistas especializadas de arte: *Art Nexus, Atlántica, Arte Cubano, Casa de las Américas, Inter*, entre otras. Crítico de arte en espacios televisivos de Cuba. Ha publicado varios libros de ensayo, crítica y poesía principalmente en Cuba y también en España y México., uno de los cuales es, precisamente, *Poeta en La Habana*.



Fotografias de Vincenzo Pietropaolo

